

comodado muchas veces con José, porque con un ejército de mas de cuarenta mil hombres sufría que los ingleses pisasen aun la tierra firme de Italia.—Es una ignominia, le escribia, que los ingleses puedan hacernos frente en tierra. No quiero que me escribais hasta que quede borrada esa mancha; y si no lo es muy luego, enviaré uno de mis generales para que os reemplace en el mando de mi ejército de Nápoles.—Sensible á estas reprensiones, José habia encargado al general Reynier que atacase los dos puntos fortificados de Escila y Reggio que tan vivamente ofuscaban los ojos de Napoleon. Se acercaba el momento de apoderarse de ellos, pero aun no estaban tomados. El emperador se puso colérico. Sin embargo, como su irritacion contra la molicie de su hermano, en nada variaba el estado de las cosas, se convino en modificar el proyecto de expedicion, porque no era posible apoderarse del estrecho cuando los franceses no poseian aun la costa de las Calabrias, que naturalmente debia pertenecerles. En su consecuencia, el almirante Ganteaume recibió orden de dirigirse primero á Corfú para dejar allí el gran cargamento de guerra que se hallaba en los buques de su escuadra; volver despues al estrecho, tocar en Reggio, que probablemente estaria ya ocupado en la época de su aparicion en aquellas aguas, tomar allí doce mil hombres y trasportarlos por lo interior del estrecho al Mediodía del Faro. La estacion era otra de las razones porque convenia al almirante Ganteaume el obrar así: porque maniobrando por lo interior del estrecho, y al Mediodía del Faro, se ponía al abrigo de los furiosos vientos que en el invierno soplan del Noroeste, y

hacen muy peligroso el aproximarse á la costa Norte de Sicilia.

Acordadas estas disposiciones, el almirante Ganteaume se preparó para embarcarse en cuanto se presentase una de las divisiones navales que á cada momento se esperaban de Cartagena, Cádiz y Rochefort. Sin duda recordarán nuestros lectores, que por las oportunas observaciones del almirante Decrés, se decidió que las divisiones de Brest y de Lorient quedasen en el Océano, y las de Rochefort y Cádiz pasasen al Mediterráneo. El almirante Rosily tenia gran interés en salir de la bahía de Cádiz, en donde se hallaba detenido ya hacia mas de dos años; pero le era mas difícil que á ninguno el emprender su marcha á causa del estrecho de Gibraltar. En la inmensidad de los mares es bien fácil evitar un encuentro, pero en la reducida estension de un estrecho, y á tiro de cañon de un punto como Gibraltar, era casi imposible engañar al enemigo y librarse de caer en su poder. El mar entre la costa de España y la de Africa estaba cubierto de barcos que hacian la guardia por la escuadra inglesa que se mantenía á alguna distancia para dar al almirante Rosily la tentacion de salir. Pero en cuanto éste aparejaba se presentaban todas las fuerzas navales del enemigo. La division Rosily estaba perfectamente armada, merced á los recursos del puerto de Cádiz, abundantes para el gobierno francés que pagaba bien, y nulos para el gabinete español, que no pagaba. Ademas se componia de excelentes tripulaciones que habian navegado mucho y sostenido en Trafalgar la mayor batalla naval del siglo. El almirante Rosily, antiguo marino, y tan experimentado como intrépido, no hubiera



tenido inconveniente en batirse con una division inglesa, aun cuando fuese superior en fuerzas á la suya; pero con seis navios y dos ó tres fragatas, no podia hacer frente á doce ó quince navios y una multitud de fragatas, sin esponerse á un desastre cierto. Asi es que aun cuando tenia la orden de salir desde el mes de setiembre de 1807, no habia logrado aun ver satisfechos sus deseos en febrero de 1808.

El contra-almirante Allemand, el mas intrépido marino que tenia entonces la Francia, especialmente como navegante, se encontraba tambien estrechamente bloqueado en Rochefort, y el revés sufrido por las fragatas del capitán Soleil, era buena prueba de ello. Pero fuera ya del puerto por medio de una atrevida salida, se abria á su vista el Océano, y con tripulaciones escelentes, buenos buques, y su osadía en la mar, tenia muchas probabilidades de escapar de los ingleses. Aparejó muchas veces y otras tantas vió acudir al enemigo en tan gran número que era imposible resistirle. Sin embargo un dia (17 de enero de 1808) favorecido por el mal tiempo, se hizo á la vela, salió sin ser visto, atravesó el golfo de Gascuña, dobló felizmente el cabo Ortegál, dió vuelta á toda la España, llegó al punto en donde se estrechan las costas de Europa y Africa, y con una noche oscura y un horroroso viento del Oeste se arrojó atrevidamente á aquel estrecho, tan bien custodiado, que el almirante Rosily no podia aparecer sin que se cubriese de velas inglesas. Siempre se ha dicho que la fortuna ayuda á los audaces: aquella vez por lo menos fué exacta la asercion vulgar, y en pocas horas el almirante Allemand

se encontró con toda su division en medio del Mediterráneo, habiendo pasado por delante de Gibraltar y Ceuta sin ser percibido. El 3 de febrero se hallaba á vista de Tolon, é hizo señal de partir al almirante Ganteaume, para ir juntos al sitio marcado por el emperador. Aquel bravo marino se hallaba enagenado de gozo por haber llevado á cabo con toda felicidad tan arriesgada travesía.

La division española de Cartagena, mucho menos observada que la del almirante Rosily, porque estaba á mas de cien leguas del estrecho, y porque no se hacia entonces á la marina española el honor de creerla emprendedora, tenia que vencer muy pocas dificultades para salir. Pudo, pues, levantar el áncora y hacer vela hacia Tolon conforme á las órdenes de Napoleon. La mandaba el almirante Valdés, y se componia de un hermoso navio de tres puentes, de otro de ochenta cañones, y de cuatro de setenta y cuatro. Despues de tres años de inmovilidad en el puerto, tenia sus carenas en mal estado; estaba medianamente tripulada, y con víveres para solo tres meses. Sea que se le diese la orden secreta de no desempeñar su comision ó por la estremada timidez de los marineros españoles, navegó al derredor de las Baleares, para buscar un asilo en ellas en caso de necesidad, y á la primera aparicion de una vela inglesa, se refugió en el puerto, avisando á su gobierno, que se apresuró á hacerlo saber al de París, que se encontraba bloqueada, y que no sabia cuando podria volver á hacerse á la mar. Traicion ó debilidad, el resultado era el mismo para los proyectos de Napoleon, y revelaba bien claramen-



le la sinceridad con que la España cumplía con sus deberes de aliada.

Por lo demas el almirante Ganteaume tenia orden de salir en cuanto se le reuniese cualquiera de las divisiones que debian aumentar su fuerza: incorporados ya con los cinco navios de Tolon los otros cinco de Rochefort, nada tenia que temer en el Mediterráneo. Los navios equipados en Tolon no valian ni con mucho tanto como los que habian llegado de Rochefort, y particularmente los del puerto de Génova, tripulados con jóvenes recogidos en el muelle de aquella gran ciudad, porque los verdaderos marineros genoveses habian huido á las montañas del Apenino. Sin embargo, como la marina de Tolon se hallaba animada de un espíritu excelente, que era tradicional en aquel puerto, y que el contra-almirante Cosmao se esforzaba en reanimar con su ejemplo, la buena voluntad suplía á la inesperienza y la division de Tolon podia conducirse con honor. El almirante Ganteaume tenia á sus órdenes dos tenientes de singular mérito, los contra-almirantes Allemand y Cosmao, dos navios de tres puentes, uno de ochenta cañones, siete de setenta y cuatro, dos fragatas, dos corbetas, y dos urcas grandes, que componian diez y seis velas. Despues de partir, sin apresurarse entre toda la escuadra el inmenso cargamento que debia dejar en Corfú, levó el ancla el dia 10 de febrero, y se dirigió á las islas Jónicas, desde donde debia volver en seguida al estrecho de Sicilia para conducir un ejército francés de Reggio á Catana, cuando hubiese desempeñado la primera parte de su comision. Desde que se hizo á la vela hasta que se perdió de

vista, no se descubrió ningun buque enemigo. La composicion de la escuadra, y el estado de las fuerzas inglesas en el Mediterráneo, hacian presagiar un resultado feliz. En caso de separacion, se señaló como lugar de reunion, la punta de la Italia, frente á las costas del Epiro, sirviendo de asilo, si hubiese necesidad, el golfo de Tarento, las bocas del Cattaro, y el mismo Corfú, objeto preferente de la espedicion.

Mientras se comenzaba esta navegacion, que fué larga y duró dos meses, los acontecimientos de España seguian su triste curso. Las cartas de Napoleon en contestacion á la solicitud de matrimonio, y á la proposicion de que se publicase el tratado de Fontainebleau, escritas en 10 de enero y remitidas el 20, no llegaron hasta el 27 ó 28, ni fueron entregadas hasta el 1.º de febrero. Su contenido no podia tranquilizar de modo alguno á la corte de España. Para colmo de desgracias, se concluyó entonces el proceso del Escorial, de un modo ruidoso, y con gran confusion de los que le habian emprendido.

A pesar de los esfuerzos que se habian desplegado para que los amigos del principe de Asturias, fuesen declarados cómplices de un crimen que no existia, su inocencia, apoyada en la opinion pública, los salvó del furor de sus perseguidores. El marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz, los duques de San Carlos y del Infantado, y particularmente el último, se condujeron con la mayor dignidad. Pero el canónigo Escotiz manifestó una firmeza provocadora, escitado por el peligro, por la ambicion de sostener su papel, por el cariño hácia su real alumno, y por la indigna-



cion de un hombre honrado. Despreciando las imprudentes amenazas de Simon de Viegas director de aquel proceso, y uno de los agentes mas viles de la corte, Escoiquiz, sin negar los escritos en que se fundaba la acusacion, insistió en sostener y demostrar su inocencia, diciendo que efectivamente habia procurado en aquellos escritos rasgar el velo con que el favorito encubria sus crímenes y vergonzosas acciones que esto no era hacer traicion al rey, sino servirle, que la orden en blanco, firmada de antemano, en que se conferia un mando militar al duque del Infantado, era una precaucion legitima contra un proyecto de usurpacion conocido de todo el mundo que se comprometia á probar, si se le queria llevar a presencia de Godoy, y se le permitia llamar á testigos que estaban prontos á revelar terribles verdades. El valor de aquel pobre sacerdote, desarmado, y sin mas apoyo contra el poderío de la corte que la opinion, desconcertó á sus acusadores, é inspiró un interés general; porque aun cuando los procedimientos eran secretos, todos los dias se sabian algunos pormenores, y se trasmitian de boca en boca con una rapidez que solo puede esplicar la pasion mas viva, en un país que carecia de periódicos y hasta de caminos. Como los jueces principiaron á titubear se les agregaron varios magistrados que se suponian adictos, para hacer asi mas cierta la condenacion de los procesados. El fiscal don Simon de Viegas se conformó con la orden que habia recibido de pedir para los acusados la pena capital. La corte trataba por todos los medios posibles de influir en el ánimo de los jueces con quienes creia que podia contar, y les exigia que pronunciasen la sentencia

solicitada por el fiscal, no para hacerla ejecutar, sino para dar al rey una ocasion de ejercer su clemencia. No se proponia mas que un objeto, decia, el de hacer mas respetable la autoridad real, castigando con la pena de muerte hasta el pensamiento de atentar contra ella, y atraerla el amor de los pueblos por un grandioso acto de clemencia para con los condenados. Efectivamente, el proyecto de la corte era que no se ejecutase semejante fallo; pero nadie confiaba bastante en ella, para dejar á su disposicion la cabeza de los hombres mas condecorados de la grandeza española: por otra parte la opinion pública pronta á desencadenarse contra los jueces prevaricadores que atropellasen la inocencia, era mas imponente que la corte. don Eugenio Caballero, uno de los jueces, y pariente del ministro de Gracia y Justicia, fué atacado de una enfermedad mortal, y no quiso exhalar su último suspiro sin emitir su dictámen, digno de un gran magistrado. Suplicó á sus colegas que componian el tribunal extraordinario, que concurriesen á su casa á deliberar junto á su lecho mortuorio. Cuando estuvieron reunidos, don Eugenio sostuvo que era imposible juzgar á los cómplices de un delito verdadero ó falso sin el autor principal, es decir, sin el príncipe de Asturias, y que segun las leyes del reino, el príncipe no podia ser citado ni oído sino ante las cortes; que ademas el crimen era imaginario; que las pruebas presentadas eran nulas ó carecian de fuerza legal, porque eran copias, debiendo ser originales: que la persona desconocida que habia denunciado aquellos hechos, tenia que presentarse, segun disponia la ley, á deponer bajo la fe del



juramento; que en el estado que tenian los procedimientos, sin acusado principal, sin pruebas, sin testigos, con todo lo que ademas se sabia acerca del supuesto atentado que se imputaba á un príncipe objeto del amor de la nacion, y á grandes personajes que merecian su respeto, los jueces íntegros debian declarar que no habia méritos para continuar las actuaciones, y suplicar á la corona que mandase sobreseer tan escandaloso proceso.

Apenas este animoso ciudadano de una monarquía en que á pesar de su absolutismo, habia leyes y magistrados imbuidos en su espíritu, hubo emitido su opinion, cuando sus colegas se adhirieron á ella con una especie de entusiasmo patriótico. Despues de aquel acuerdo, se abrazaron todos como hombres prontos á morir. En efecto, no se atribuian á Carlos IV malas intenciones, mas á la corte se la creia capaz de todo contra los jueces que defraudaban sus esperanzas, y se exageraba su crueldad porque no se podia exajerar su bajeza.

Cuando se supo aquella decision, el público se llenó de regocijo, y la corte de abatimiento. Se persuadió al buen Carlos IV, que era necesario que brillase su justicia á falta de la de los magistrados, y se le arrancó un real decreto, por el cual los duques de San Carlos y del Infantado, el marqués de Ayerbe, y el conde de Orgaz, fueron desterrados á sesenta leguas de la corte, y privados de sus dignidades, grados y condecoraciones. El canónigo Escoiquiz, el mas aborrecido de todos, fué tratado con mayor severidad. Se le quitaron sus prebendas eclesiásticas, y se le condenó á reclusion perpetua en un monasterio. Se queria ademas,

que el cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo, hermano de la princesa casada con don Manuel Godoy, hiciese que el cabildo de la iglesia primada, degradase al canónigo Escoiquiz individuo de él, pero el cardenal se negó á ello obstinadamente. Con este motivo se atrevió á revelar á Carlos IV los escándalos de la monarquía, la triste suerte de la princesa su hermana, unida al favorito, que á sus muchos crímenes, reunia tambien el de bigamia. Llegó, segun se cree, hasta pedir que se le devolviese su hermana, y pudiese encerrarse en un claustro, para llorar allí el enlace que formaba su deshonor y su desgracia. Por toda contestacion el cardenal recibió orden de retirarse á su diócesis.

Habiendo muerto el íntegro magistrado, don Eugenio Caballero, que tan noblemente habia cumplido con su deber, sus funerales fueron una especie de triunfo. Todas las congregaciones religiosas, se disputaron el honor de sepultarle gratuitamente, y todo cuanto encerraba Madrid de mas respetable, acompañó á su última morada al magistrado que tan dignamente habia terminado su carrera. En cuanto á los procesados todos se alegraban de ver sin peligro sus cabezas, especialmente despues de los exagerados temores que habia inspirado su causa. Las consecuencias del proceso no podian perjudicar á su reputacion, porque los rodeaba la estimacion universal, aun mucho mas de su verdadero mérito, y nadie se inquietaba por su destierro, porque todos consideraban que no seria muy largo. En efecto, todo el mundo aguardaba una catástrofe próxima, bien proviniese de la indignacion pública, exaltada hasta el mas alto grado, ó bien fuese obra de las tropas france-



sas que avanzaban silenciosamente hácia la capital, sin decir que iban á hacer en ella. Pero siempre se creía que harían lo que se deseaba, es decir, que arrojarían al favorito del trono, cuya mitad había usurpado, y unirían al príncipe de Asturias con una princesa francesa, al estruendo de sus cañones.

Mientras que las simpatías de una nación exaltada rodeaban á los que se pronunciaban contra la corte, esta se hallaba poseída de terror y desesperación. Era costumbre inmemorial, que la familia real dejase en enero la fría y severa mansión del Escorial, para gozar del delicioso clima de Aranjuez, magnífico real sitio, regado por el Tajo, y donde la primavera, como acontece en las latitudes meridionales, se deja sentir en el mes de marzo, y aun algunas veces á fines de febrero. Como Madrid está situado en el camino de uno á otro sitio, era costumbre también, que la corte se detuviese en él algunos días para recibir los homenajes de la capital. No esperando recibir este año mas que señales de aversión, la corte pasó por las puertas de Madrid sin entrar en él, y fué á ocultar en Aranjuez su vergüenza, su pesar y su consternación.

En efecto, no podía esperar apoyo de ninguna parte. El pueblo español manifestaba ya bien á las claras el odio implacable que le inspiraba, y si hacia alguna escepcion en cuanto al rey, era para despreciarle en vez de aborrecerle. Con respecto al terrible emperador de los franceses, á quien la corte había alternativamente adulado ó sido infiel, y cuyo favor creía haber reconquistado desde la batalla de Jena, con un año de humillaciones, se

cubria de repente con un velo impenetrable, y guardaba sobre sus proyectos un silencio temible. Los ejércitos franceses que en un principio se dirigían á Portugal, emprendían entonces el movimiento sobre Madrid, bajo pretexto de encaminarse á Cádiz y Gibraltar. Pero era un acontecimiento inaudito que se invadiese de este modo, y sin masesplicaciones, el territorio de una gran potencia. La respuesta dada por Napoleon á la solicitud de matrimonio no podía tomarse como cosa seria: porque quería saber, decía, antes dedar á Fernando una princesa francesa, si el príncipe había vuelto á la gracia de sus padres, y se lo preguntaba á Carlos IV, que le había participado formalmente el arresto del príncipe de Asturias, y el perdón que inmediatamente se le había concedido. La negativa de publicar el tratado de Fontainebleau, que contenía la concesion de una soberanía para don Manuel Godoy, y la garantía solemne de los estados pertenecientes á la casa de España, solo podía interpretarse de un modo siniestro. Por todas estas razones reinaba la mayor tristeza en el palacio de Aranjuez, y en el Buen Retiro, donde habitaba la condesa de Castelfiel, favorita del favorito. En una y otra parte comenzaban á abrir los ojos, y á reconocer que á fuerza de hajezas se había inspirado á Napoleon la audacia de derrocar á una dinastía que se había degradado, y hecho despreciable á los españoles. Cada día iba adquiriendo mayor consistencia en el ánimo de los que manejaban la corte, la idea de imitar á la casa de Braganza y huir á América, y daba motivo á frecuentes rumores y murmuraciones. La reina y don Manuel Godoy se habían fijado casi definitiva-



mente en esta resolución, y hacían secretamente sus preparativos, porque las remesas de objetos preciosos á los puertos, eran cada vez mas numerosas. Mas primero era necesario decidir al rey, que temia tanto aquel largo viage como los horrores de una guerra; era preciso decidir tambien á los príncipes de la familia real, don Antonio, hermano de Carlos IV, don Fernando, su hijo y heredero, y á los infantes mas juvenes: la menor indiscrecion, era suficiente para sublevar la nacion contra semejante proyecto. El príncipe de la Paz para dar cierto colorido de poca importancia á los preparativos que se estaban haciendo en el Ferrol y en Cádiz, hizo correr la voz de que en su calidad de gran almirante iba á inspeccionar los puertos, dando principio por los del Mediodía.

Pero antes de acudir á esta fuga, que aun para Godoy y la reina era un partido extremo, convenia ensayar todos los medios para arrancar á Napoleon el secreto de sus intenciones y doblegar si era posible su terrible voluntad. Todo debia en efecto, intentarse antes de decidirse á abandonar la España, y de obligar á ello á Carlos IV. En su consecuencia, para contestar á la última respuesta de Napoleon, se hizo al monarca escribir una nueva carta con la fecha del 5 de febrero, ocho ó diez despues de concluido el proceso del Escorial, con objeto de obligarle á esplicarse, mover su corazon si era posible, y aun recordarle su honor, muy interesado en cumplir las palabras que habia dado. En aquella carta, Carlos IV confesaba los temores que comenzaba á concebir por la aproximacion de las tropas francesas, manifestaba al emperador quanto habia hecho por complacerle, todas las pue-

bas de adhesion que le tenia dadas, el sacrificio de sus escuadras, el haber enviado su ejército á un pais lejano, y en cambio de tan fiel alianza, le pedia le declarase franca y lealmente sus intenciones, pues no podia suponer fuesen otras que las que la España habia merecido. Al escribir de este modo, el infeliz rey no sabia que aquella fiel alianza habia estado mezclada con mil infidelidades secretas; que el sacrificio de sus escuadras solo sirvió para la destruccion de ambas marinas en Trafalgar, que la expedicion de Hamburgo no habia tenido mas resultado que el de una demostracion, y que la España habia sido una aliada inútil á sí misma y á los demas, y aun algunas veces motivo de inquietud para sus aliados. Ignorando todas estas cosas, dirigió aquellas preguntas á Napoleon con la mayor buena fé, dictándose las que sabian, pensaban, y querian por él. Este buen príncipe, no podia creer que al fin de sus dias, despues de haber procurado no hacer daño á nadie, se viese reducido á batirse ó á huir, pues se hallaba persuadido de que para reinar bien y seguramente, bastaba el no haberjamás querido causar perjuicio alguno: sobre lo cual podia estar tranquilo, pues nunca hizo mas que cazar y cuidar sus caballos y escopetas.

Á esta carta dirigida á Napoleon, siguieron otras mas apremiantes para el señor Izquierdo. Se le encargaba en ellas que procurase á toda costa enterarse con exactitud de las intenciones del emperador, que si eran hostiles tratase de hacerlas cambiar á fuerza de sacrificios, y si esto no era posible, darlas á conocer al menos para poderlas combatir ó evitar sus consecuencias, y se



le facilitaban los recursos necesarios, si el oro era un medio de poder lograr lo que se deseaba.

Los pliegos de que hablamos, llegaron á París á mediados de febrero. Napoleon habia eludido la demanda de una princesa francesa para Fernando, aparentando ignorar si aquel príncipe habia obtenido el perdón de sus padres. No pudiendo ya alegar ninguna duda sobre este particular, é interrogado directamente acerca de sus intenciones, conoció que habia llegado el día del desenlace, y que despues de haber resuelto destronar á los Borbones, era al fin preciso fijarse en los medios de conseguirlo sin herir demasiado la opinion pública de la España, de la Francia, y de la Europa. Este era el único punto sobre que verdaderamente habia titubeado: porque si en algun momento habia admitido como practicable el plan de reunir las dos dinastías por medio de un matrimonio, y como asunto que debia discutirse el plan de abjudicarse una buena parte del territorio español, en el fondo habia siempre preferido como más seguro, decisivo, y aun honrado, el no quitar á la España más que su dinastía y su barbarie, dejándola su territorio, sus colonias y su independencia. Pero el medio de hacer soportable este acto de conquistador, en un tiempo en que no solo se habia visto rodar la corona de los reyes, sino su cabeza, era muy difícil de encontrar. La fuga de la familia de Braganza le habia sugerido uno, en que por último se fijó como ya hemos visto, y era obligar también á la corte de España á embarcarse en Cádiz para el Nuevo Mundo. Entonces nada más sencillo que presentarse á una nacion desamparada, anunciarla que en vez de una dinastía degenerada,

bastante cobarde para abandonar su trono y su pueblo, se la daria otra gloriosa, pacíficamente reformadora, que haria partícipe á la España de los beneficios de la revolucion francesa sin sus desgracias, y de la grandeza de la Francia sin las horribles guerras que habia tenido que sostener. Esta solución era natural, menos vituperable que cualquiera otra, y á que daba lugar la cobardía de las familias degeneradas que reinaban en el Mediodía de la Europa. Iba siendo además de día en día muy probable, pues que á cada acceso de terror que experimentaba la corte de España, circulaba en la capital la noticia de una retirada á América, noticia que revelaba las agitaciones interiores del palacio. Para que el terror llegase á su colmo bastaba hacer que las tropas francesas avanzasen definitivamente hacia Madrid, y continuar guardando sobre su destino un silencio amenazador. De consiguiente, Napoleon lo preparó todo para que la catástrofe se efectuase en marzo, por que si era necesario comenzar las operaciones en España, la primavera era la estación más favorable para introducir sus jóvenes soldados en una region tan árida y ardiente, que en lo físico puede decirse que comienza el Africa. Era á mediados de febrero, y el emperador tenia todavía un mes para hacer sus preparativos hasta mitad de marzo. Los comenzó, pues, inmediatamente despues de recibir la carta interrogatoria de Carlos IV, (fecha 3 de febrero) en que aquel desgraciado monarca le suplicaba que esplicase sus intenciones con respecto á España.

Pero antes de provocar en Madrid el desenlace que apetece, le era preciso adoptar un partido so-



bre una cuestión no menos grave que la de España, la cuestión de Oriente; por que la una se encontraba en aquel momento enlazada con la otra. Efectivamente si algo podia aumentar la imprudencia de cargarse con nuevas empresas, cuando tantas y tan considerables tenia entre manos, era el empeñarse demasiado en los asuntos de la Península, dejando descontenta á la Rusia. Por muy habituada que estuviere la Europa á nuevos espectáculos, y aunque se hallase ya preparada para la próxima caída de los Borbones de España, habia todavía mucha distancia de la prevision á la realidad, y la destruccion de uno de los tronos mas antiguos del mundo, debia producir una sensacion profunda, y hacer que pasase de la frente de la Inglaterra á la de la Francia el sello de reprobacion que la impusiera el crimen de Copenhague. Aun cuando la Prusia se encontraba sometida y el Austria alternativamente irritada y temerosa, hubiera sido altamente temerario no asegurarse la adhesion de la Rusia, en vísperas de acometer el mayor acto de audacia. El mas grave inconveniente de la empresa de España, era el que inevitablemente habia de acarrear sacrificios en Oriente, y como se verá mas adelante, una de las faltas mas sensibles y trascendentales del emperador, fué el no haber sabido hacer francamente aquellos sacrificios en esta circunstancia. De otro modo se hubieran arreglado las cosas, si habiendo emprendido menos en el Norte, y satisfecho á la Prusia abandonándola la Alemania, no hubiese tenido que dejar en el Vistula trescientos mil soldados aguerridos, que componian la verdadera fuerza del ejército francés. Limitándose entonces á ocupar la

Italia y la España, teniendo concentrados sus ejércitos detrás del Rhin, y sin que hubiese que contener ni temer á nadie al otro lado de aquella frontera, no necesitaba comprar con grandes sacrificios la concurrencia de la Rusia. Y si hubiese querido aprovechar la ocasion para arrojar sobre el Oriente, la misma Austria aunque inconsolable por la pérdida de la Italia, habria llegado á ser la aliada de la Francia para defender la parte baja del Danubio. Mas destruida la Prusia, creados en Alemania tronos efimeros, y sembrado desde el Rhin, al Vistula el odio y la ingratitud, necesitaba en el Norte un aliado, aunque tuviera que pagarle á muy subido precio.

El general Savary habia sido reemplazado en San Petersburgo por Mr. de Caulaincourt, y casi al mismo tiempo llegó á París el embajador de Rusia el señor de Tolstoy. Este, como ya hemos dicho, era militar, hermano del gran-mariscal de palacio, é imbuido en las opiniones de la aristocracia rusa con respecto á la Francia, pero como individuo de una familia que gozaba del favor imperial, apreciaba aquel en mucho mas que sus preocupaciones, y veia en la conquista de la Finlandia y de las provincias del Danubio, suficiente escusa para los que abandonaban la politica inglesa por la francesa.—Mi hermano ha hecho un sacrificio, dijo el gran-mariscal Tolstoy á Mr. de Caulaincourt; ha aceptado la embajada de París; pero si no obtiene alguna cosa grande para la Rusia, es perdido, y lo somos todos con él (1).—Estas palabras prueban el espíritu de que iba animado á

(1) Estas palabras están sacadas testualmente de la